

*Una revolución del espíritu. Política y esperanza en Frei, Eyzaguirre y Góngora en los años de entreguerras*

Diego González Cañete. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2018, 308 pp.

No son muchos los estudios que abordan la historia intelectual de las juventudes universitarias en Chile. Por lo general, son exclusivamente memorias, crónicas y reflexiones sobre la formación de algunas figuras que tuvieron un rol importante en la historia nacional. De ahí que, con una investigación minuciosa, Diego González viene a colmar un vacío de un área poco estudiada.

El autor analiza el surgimiento del pensamiento universitario socialcristiano en el Chile de 1930. Reconstruye, en particular, la historia de la juventud católica universitaria en el período de entreguerras, a partir del itinerario de sus representantes más connotados: Eduardo Frei Montalva (1911-1982), Jaime Eyzaguirre (1908-1968) y Mario Góngora (1915-1985). Estas personalidades fueron protagonistas en la historia del siglo XX chileno, especialmente en el ámbito de la política (Frei como presidente) y de la disciplina histórica (Eyzaguirre y Góngora). La relación del pensamiento católico universitario con la época moderna tuvo un componente «revolucionario» y fueron a la vez confluyentes y en tensión constante (p. 29). Los jóvenes católicos, según González, depositaron su *esperanza* en el futuro del país y la civilización occidental, a partir de dos premisas contradictorias: 1) el partido político como medio para transformar la sociedad sobre la base de una «nueva cristiandad»; 2) desconfianza en la política como herramienta para generar una «revolución del espíritu», cifrada en la «esperanza» de una realización trascendente del «reino de dios».

El libro de González se divide en dos partes, cada una de tres capítulos. La primera parte nos introduce en el contexto político e intelectual de los años treinta, en Chile y en la Europa de entreguerras (p. 30). La segunda identifica dos actitudes de las juventudes universitarias católicas en relación con la política moderna: por una parte, la *esperanza* en la posibilidad de una «revolución política» y los medios para llevarla a cabo y, por otra, la *esperanza* en una *revolución del espíritu* (p. 30).

El primer capítulo, «Días universitarios», describe las redes académicas e intelectuales de Eduardo Frei, Jaime Eyzaguirre y Mario Góngora en su juventud, a través de las cuales entran en relación con la política, las letras y el mundo de su época (p. 30). La vinculación de Frei con la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), de Eyzaguirre con la *Liga Social* y de Góngora con las Juventudes Conservadoras, dan luces para entender las mutaciones ideológicas, políticas e historiográficas de estos intelectuales católicos. En este sentido, González

expone la constante tensión entre las dos opciones a que estos jóvenes se vieron confrontados: ingresar en la vida política o permanecer en el plano puramente intelectual y social (p. 63).

El capítulo segundo, «Avatares de una década crítica», nos introduce en la coyuntura histórica de Chile y Europa en el período de entreguerras (p. 30) y en las posiciones que ante esta asumieron estos intelectuales católicos provenientes de los sectores medios de la sociedad: por una parte, optaron por el catolicismo, a contracorriente de la progresiva adhesión de amplios sectores sociales al ideario laicista, positivista o socialista-marxista (p. 94); por otra, se refugiaron en la noción de crisis para interpretar globalmente el problema contemporáneo (p. 71) y debieron tomar posición, por ejemplo, frente al franquismo español y al Estado Nuevo en Portugal, lo que habría de marcar indeleblemente su ideario político e ideológico.

El capítulo tercero, «Por las cosas nuevas», analiza la interpretación católica de la crisis y los fundamentos de su solución (p. 115). Frente a la crisis, los jóvenes cristianos propusieron la construcción de un «orden nuevo», orgánico y corporativo, que borraría no solo los cimientos económicos del liberalismo, sino también sus «corrosivos» efectos en la cultura. Inspirados en formulaciones socialcristianas europeas, estos jóvenes promovieron una *revolución del espíritu*, que inyectara «nuevos principios» a la sociedad (p. 151). Para González, este discurso cristiano no se mantuvo en lo puramente contemplativo: propusieron un programa de desarrollo político y cultural que, configurando una nueva cristiandad, mitigase el «fracaso» del liberalismo y el «desasosiego por el futuro de occidente» (p. 152).

El capítulo cuarto, «De la instauración de un orden nuevo», aborda la alternativa cristiana a la «crisis contemporánea». Los jóvenes socialcristianos proponían el establecimiento de un Estado orgánico y corporativo al que denominaron «orden nuevo» (p. 31). Esta noción, lejos de ser un camuflaje del «orden viejo», se levantaba como una opción «incuestionablemente revolucionaria», la que fue asumida por un sector de la juventud socialcristiana con ribetes apocalípticos y cuasi mesiánicos (p. 155). Este ideal encarnado en un Estado autoritario, debía estar dirigido por el Partido Conservador y basado en una interpretación de la historia inspirada en la figura conservadora de Diego Portales (p. 156). En última instancia, Cristo era «el fundamento del Orden Nuevo», que sería esencialmente una «revolución espiritual» expresada en las estructuras «temporales» de la política, la economía y la sociedad (p. 164).

El capítulo quinto, «¿Más allá de derechas e izquierdas?», indaga de manera crítica la aspiración socialcristiana a establecer este «nuevo orden», que puso en evidencia el conflicto entre el mundo católico y la política moderna debido, por una parte, a su cuestionamiento de las democracias en su concepción liberal y, por otra,

a las tensiones programáticas entre el socialcristianismo y los movimientos fascistas (p. 31). La pretensión de situarse «más allá de derechas e izquierdas», caracterizó a los jóvenes que, con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, crearon movimientos de carácter fascista. Sin embargo, esto no era particularmente extraño en la época: que un movimiento político adoptase alguno de los rasgos externos del fascismo no lo transformaba ipso facto en una agrupación intrínsecamente fascista (p. 205). De hecho, para González, una de las críticas más duras al fascismo se fundamentaba en el rol que esta ideología le asignaba al Estado, concebido no como un medio, sino como un fin en sí mismo, lo que derivaba en una versión totalitaria de la institución (p. 206).

Por último, en el capítulo sexto titulado «Por una revolución del espíritu», González analiza el posicionamiento ideológico de las juventudes universitarias católicas, la recepción del pensamiento de Jacques Maritain en Chile y la influencia de un *milenarismo* incipiente entre algunos sectores cristianos. La *revolución espiritual*, presente como el *pathos* de la juventud católica, no se contrapuso a

la ilusión de una *revolución política*, pero sí existió con independencia de ella, planteando otras temáticas, como la crisis del mundo moderno y la necesidad de una profunda transformación bajo un orden socialcristiano (p. 276).

Una de las contribuciones de *Una Revolución del espíritu* es haber superado el encasillamiento político e ideológico de los intelectuales socialcristianos. Cabe recordar que muchos de los jóvenes cristianos, seducidos en las décadas del treinta y del cuarenta por el corporativismo, adhirieron posteriormente —aunque no sin reticencias— a los postulados de la democracia liberal. En el marco de la complejidad ideológica de un período caracterizado por conflictos políticos, luchas ideológicas y crisis económicas del capitalismo, la corriente socialcristiana fue acuñando un ideario político que estuvo en constante tensión con la modernidad, la Iglesia local y los partidos que la representaron.

Gorka Villar Vásquez  
Pontificia Universidad Católica de Chile